

la resignación es perder á la vez el cielo y la tierra, para no conservar más que una sensibilidad lacrimosa. El dolor sólo es el camino de la salvación, y sólo es respetable á este título, cuando reviste la forma del conocimiento puro, para conducir en seguida á la verdadera resignación como *aquietador del querer*. Bajo esta forma, el espectáculo de un gran infortunio nos inspira una consideración cercana á la que nos merecen la virtud y la grandeza de alma, y al mismo tiempo, la felicidad que nosotros disfrutamos nos parece un reproche. No podemos menos de considerar todo dolor, sea nuestro ó ajeno; como el primer paso que conduce ó puede conducir á la virtud y á la santidad, y al contrario, los goces y las satisfacciones de la tierra, como un sendero que nos aparta de la salvación. Esto es tan cierto, que cuando observamos atentamente á un hombre que soporta algún gran dolor físico ó moral, ó hasta cuando miramos á alguno que agota sus fuerzas en un trabajo corporal que produce fatigas extremadas, sin perder la paciencia ni un instante, y sin exhalar una queja; cuando observamos, digo, hombres colocados en semejantes condiciones, nos parece ver á un enfermo, sometido á un tratamiento penoso, que acepta voluntariamente y con alegría los dolores de la operación, con la certeza de que cuanto más padece, mejor destruye los elementos morbosos, y que por lo tanto, el dolor presente es la medida de su curación.

De todas estas consideraciones se infiere que la negación de la voluntad de vivir, en otros términos, la resignación absoluta ó la santidad, procede siempre de la calma de la voluntad, cuando ha reconocido su conflicto consigo misma y lo vano de sus aspiraciones, manifestado esencialmente en los dolores de todas las criaturas vivientes. La diferencia presentada por mí en la ima-

gen de los dos senderos que conducen á este conocimiento, consiste en que el uno *conduce* por el dolor meramente reconocido en los demás y que voluntariamente se mira como propio después de haber descifrado el enigma del principio de individuación, y el otro conduce por el dolor *sentido* y personal. Sin negación total de la voluntad no hay verdadera salvación, ni nos libertamos realmente del mundo y de sus misterios. Mientras no llegamos á ese punto, no somos otra cosa que esa misma voluntad. Una existencia siempre fugitiva, una aspiración siempre vana y siempre defraudada, un mundo de representación lleno siempre de dolor, tales son los fenómenos de esta voluntad; tal es nuestro lote común é invariable, pues sabemos que el deseo de vivir tiene asegurada una vida eterna y que su verdadera y única forma es el presente. Por más que el nacimiento y la muerte gobiernen el mundo de los fenómenos, no pueden, con todo su poder, sustraerlos al presente. El mito indio expresa este pensamiento diciendo: *ellos serán regenerados*. En moral la gran diferencia entre los caracteres viene de que el malo está infinitamente lejos de llegar á ese conocimiento de que procede la negación de la voluntad; de donde resulta para él que él mismo es en *verdad* y en *realidad* la víctima de todos los dolores de este mundo, hasta de aquellos que no existen más que en *posibilidad*, puesto que el estado personal de dicha en que puede hallarse actualmente es un fenómeno, una ilusión creada por Maya, con ayuda del principio de individuación; es, en suma, el ensueño de felicidad del mendigo. Los dolores que causa á los demás son la medida de los que en su propia experiencia no pueden quebrantar su voluntad, ni conducirlo á negarla. En cambio, el amor puro y verdadero y hasta el sentimiento espontáneo de la justicia, proceden de haber penetrado más allá del principio de individuación. Cuan-

do éste se desvanece por completo, se alcanzan la satisfacción absoluta y la santidad, cuyos fenómenos exteriores son, como hemos visto, un estado de total resignación, una serenidad inquebrantable y la profunda alegría con que se ve llegar la muerte.

§ 69.

Hemos expuesto hasta aquí, dentro de los límites propios de nuestras consideraciones, esa negación de la voluntad de vivir, que es el único acto de libre albedrío que se produce en el fenómeno humano y que constituye lo que Asmus llama *la metamorfosis transcendental*. Bien diferente de este aniquilamiento de la voluntad es el aniquilamiento de su fenómeno, del individuo, ó sea el *suicidio*. Lejos de negar la voluntad, la afirma enérgicamente. La negación no consiste en detestar los males, sino los goces de la vida.

El suicida quiere la vida, mas está descontento de las condiciones en que ésta se le ofrece. Al matar al cuerpo no renuncia á la voluntad de vivir, sino á vivir. Desea la vida; aceptaría la existencia y la afirmación de su cuerpo si fuesen fáciles, y lo que le hace padecer hasta el extremo que su resolución indica, es que una combinación de circunstancias le ha negado esas facilidades. La misma voluntad de vivir se encuentra contrariada de tal manera en el fenómeno de ese individuo aislado, que no puede dar libre vuelo á sus aspiraciones. Entonces, toma una resolución conforme con su naturaleza de «cosa en sí,» colocada fuera de las categorías del principio de razón y para la cual el individuo es indiferente por completo, puesto que ella está libre de nacer y de morir y es la esencia de la vida universal. El suicidio se apoya sobre esa misma certeza íntima, tan firme, que nos per-

mite vivir sin un temor constante de la muerte, es decir, sobre la certeza de que la voluntad no carecerá jamás de fenómeno. La voluntad de vivir se manifiesta, pues, en el hecho de darse muerte (Siva), tanto como en el goce de la conservación personal (Vichnú) y en la volup-tuosidad de la procreación (Brahma). Esta es la significación íntima de la *unidad de la Trimurti*; el hombre es la Trimurti integral que, en el tiempo, muestra ya una, ya otra de sus tres cabezas.

La relación entre el suicidio y la negación de la voluntad es la misma que existe entre la cosa particular y la Idea; el suicida niega el individuo, pero no niega la especie. Como la voluntad de vivir — lo repito — tiene asegurada una vida eterna, y la esencia de la vida es el dolor, suicidarse es un acto inútil é insensato; destruye arbitrariamente el fenómeno individual, pero la cosa en sí permanece intacta, como el arco iris permanece inmóvil por rápidamente que se sucedan las gotas de agua que le sirven de vehículo. Al mismo tiempo, el suicidio es la obra maestra de Maya, pues nos presenta la imagen de la contradicción más patente de la voluntad de vivir consigo misma. Hemos reconocido ya esta contradicción en los fenómenos inferiores de la voluntad, donde se muestra en la lucha incesante entre las manifestaciones de todas las fuerzas naturales y entre todos los seres organizados que tratan de arrancarse mutuamente la materia, el espacio y el tiempo. Hallamos de nuevo este conflicto cada vez más patente y más temible en toda la escala de las objetivaciones de la voluntad, y, por último, le encontramos asimismo en el escalón superior, en la Idea humana; pero aquí en un grado tan violento, que no son solamente los representantes individuales de una misma idea los que se despedazan unos á otros, sino que el individuo se declara la guerra á sí mismo: el ardor

con que quiere la vida y la impetuosidad con que se precipita á apartar todos los impedimentos, es decir, el dolor, llegan hasta hacerle que se destruya á sí mismo, produciéndose entonces el hecho de que la voluntad individual, por un acto propio, prefiere suprimir el cuerpo que no es más que esa misma voluntad en estado visible, á dejarse quebrantar [por el dolor. El suicida cesa de vivir porque no puede cesar de querer, y la voluntad se afirma en él con la supresión de su fenómeno, no pudiendo afirmarse de otra manera. Con todo, ese dolor al cual se sustrae podía conducirle á la renuncia del mundo y á la salvación; bajo este aspecto se puede comparar al suicida con un enfermo que se negase á dejar acabar una operación dolorosa ya comenzada y que podía curarle radicalmente, prefiriendo seguir con su enfermedad. El dolor viene á él y le ofrece una ocasión para quebrantar la voluntad; pero él le rechaza y aniquila su fenómeno, ó sea el cuerpo, á fin de que la voluntad permanezca intacta.

Este es el motivo por el cual casi todos los sistemas de moral, filosóficos ó religiosos, condenan el suicidio, aunque no sepan alegar para ello más que razones extravagantes y sofisticas. Pero es indudable que si alguna vez consideraciones puramente morales han logrado apartar á un hombre del suicidio, en el fondo, el sentido de esta victoria sobre sí mismo (cualesquiera que fuesen las nociones con que su razón tratase de explicársela) no ha podido ser más que el siguiente: «No quiero sustraerme al dolor; es preciso que éste me ayude á aniquilar la voluntad de vivir, cuyo fenómeno es una cosa tan deplorable; que fortalezca en mí el conocimiento, que comienza á apuntar, de la verdadera naturaleza del mundo, á fin de que tal conocimiento se convierta en aquietador de mi voluntad y fuente de mi salvación eterna.»

Es sabido que de tiempo en tiempo se presentan casos en que el suicidio va todavía más lejos que de ordinario; se ve á un padre dar muerte á sus hijos, á quienes adora, antes de matarse. Si tenemos en cuenta que la conciencia, la religión y todas las nociones universalmente admitidas, deben de hacerle considerar el homicidio como el mayor de los crímenes; si consideramos, además, que comete ese crimen en el momento mismo en que va á morir y sin que su acción pueda tener el menor motivo egoísta, forzoso será reconocer que la única explicación que puede darse de este acto es que el individuo, reconociendo su propia voluntad en sus hijos, pero extraviado por la ilusión que le hace tomar el fenómeno por la cosa en sí y profundamente emocionado además por el conocimiento que ha adquirido de las miserias de la existencia, se imagina poder suprimir de un golpe el fenómeno exterior y su esencia, y toma entonces la resolución de librarse para siempre de la vida y de sus dolores y de librar al mismo tiempo á sus hijos, en quienes se ve revivir directamente.

Error análogo á este sería el de creer que se puede llegar por otros medios al resultado que persigue la castidad voluntaria, por ejemplo, impidiendo los designios de la naturaleza en la fecundación, ó bien provocando la muerte del recién nacido, para evitarle los dolores de este mundo, en vez de realizar todos los esfuerzos posibles, por el contrario, para conservar la existencia á cuanto ha sido llamado á la vida. En efecto, cuando la voluntad de vivir está presente, no hay fuerza que pueda quebrantarla, pues es el único elemento metafísico, es la cosa en sí, y la violencia no puede aniquilar más que su fenómeno tal como aparece en un tiempo y en un lugar determinados. Nada puede destruir la misma voluntad de vivir, á no ser la *inteligencia*. El único camino

de salvación es que la voluntad se aparezca libremente á sí misma, á fin de que en esta imagen aprenda á conocer su verdadera esencia. Únicamente iluminada por este conocimiento es como puede suprimirse y suprimir á la vez el dolor, inseparable compañero de su fenómeno. La violencia material, la esterilización de los gérmenes, la destrucción de los recién nacidos, el suicidio, son incapaces de lograrlo. Entra precisamente en los designios de la naturaleza que la voluntad llegue á la luz, pues sólo con ayuda de la luz puede conseguir la liberación. Por eso decía antes que es necesario favorecer de todas maneras los fines de la naturaleza desde que la voluntad de vivir, que es su esencia íntima, se decide á manifestarse.

Hay un género de suicidio, diferente por completo del suicidio ordinario, pero que no ha podido ser todavía suficientemente comprobado. Me refiero á esos ascetas que han llegado al grado supremo de la renuncia de sí mismos y que se dejan morir de hambre voluntariamente; pero como una extremada exaltación religiosa y numerosas supersticiones acompañan de ordinario á este fenómeno, es difícil darse cuenta de él. Sin embargo, parece que el completo abandono de la voluntad puede llegar hasta suprimir la indispensable para sostener por medio de la alimentación la vida vegetativa del organismo. Lejos de nacer esta especie de suicidio de la voluntad de vivir, un asceta tan enteramente resignado cesa de vivir porque ha dejado en absoluto de querer. Y no puede admitirse que elija para este efecto otro género de muerte que la muerte por inanición (á menos que alguna superstición no le sugiera otro), pues la intención de hacer más breve el suplicio sería ya en realidad un grado de afirmación de la voluntad.

Los dogmas que guían la razón de un penitente de esta clase, le inspiran la ilusión de que aquel ayuno, al

cual le impulsa una inclinación eterna, le está ordenado por un ser de naturaleza superior. Se encuentran ejemplos antiguos de esto en las siguientes obras: *Colección de relaciones concernientes á la historia natural y á la medicina*, Breslau, Septiembre de 1799, págs. 363 y siguientes; Bayle, *Noticias de la república de las letras*, Febrero 1685, págs. 189 y siguientes; Zimmermann, *De la soledad*, v. I, pág. 182; un informe de Honttuyn en la *Historia de la Academia de Ciencias* (1764) reproducido en el *Repertorio de Medicina práctica*, v. I, pág. 69. Pueden verse casos más modernos en Hufeland, *Revista de Terapéutica práctica*, v. X, pág. 181 y v. XLVIII, pág. 95; en Nasse, *Revista de Psiquiatría*, 1819, c. 3, pág. 460, y en el *Edinburgh medical and surgical Journal*, 1809, v. V, pág. 319.

En 1833 anunciaron todos los periódicos que el historiador inglés, Doctor Lingard, se había dejado morir de hambre voluntariamente en Dower; la noticia fué rectificada más tarde en el sentido de que el muerto no fué el historiador, sino uno de sus parientes. Estos relatos nos presentan á la mayor parte de sus protagonistas como locos, pero no es posible comprobar la exactitud de tal aserto. Sin embargo, consignaré aquí una historia reciente del mismo género, aunque no sea más que para conservarla á título de rareza y como ejemplo de un fenómeno sorprendente de la naturaleza humana que, al menos en apariencia, apoya mis explicaciones, pues no puede admitir otras. El hecho está referido en *El Correspondiente de Nuremberg* del 29 de Julio de 1813 en estos términos:

«Dicen de Berna que se ha descubierto, cerca de Thurnen, en una cabaña situada en medio de un espeso bosque, el cadáver de un hombre, en estado de descomposición, que parece indicar que su muerte debió de ocu-

rrir cerca de un mes antes de ser hallado el cuerpo; las ropas del cadáver no suministran indicio alguno que permita juzgar cuál era la condición del difunto; á su lado se hallaron dos camisas de lienzo fino. La pieza más importante que se encontró es una Biblia interfoliada, en cuyas páginas aparecen notas procedentes del muerto. Indica la fecha en que salió de su casa (sin expresar su pueblo natal); después añade que el espíritu de Dios le ha enviado al desierto á orar y ayunar; que en el camino no comió nada durante siete días, después de lo cual tomó algún alimento. Instalado en la cabaña, comenzó á ayunar cierto número de días, y fué marcando cada uno con una raya; hay cinco, y probablemente moriría el solitario en el día correspondiente á la última. También se encontró una carta dirigida á un cura, acerca de un sermón que el difunto le había oído predicar, pero esta carta no tenía dirección.»

Entre semejante muerte originada por un ascetismo extremo y el suicidio provocado por la desesperación, debe de haber sin duda grados intermedios y mezclas, aunque sean muy difíciles de comprender algunos. El corazón humano tiene honduras, oscuridades y complicaciones que será siempre difícilísimo aclarar.

§ 70.

Podrá parecer que toda esta exposición, terminada ya, que he venido haciendo de lo que llamo la negación de la voluntad, es inconciliable con mis consideraciones anteriores, en las cuales establecía que la motivación, de igual manera que todas las demás formas del principio de razón, se halla sometida á la necesidad; que los motivos, como todas las causas, no son más que causas ocasionales que sirven al carácter para que manifieste su

esencia con todo el rigor de una ley de la Naturaleza; por esto negué también la libertad en cuanto *liberum arbitrium indifferentiæ*. Lejos de contradecir aquí lo que afirmé entonces, lo confirmo, por el contrario. La libertad propiamente dicha no pertenece más que á la voluntad como cosa en sí, no como fenómeno, cuya forma esencial es siempre el principio de razón, elemento de toda necesidad. El único caso en que esta libertad se hace directamente visible en el mundo real es aquel en que viene á poner término á lo que así se manifiesta; pero como, sin embargo, el fenómeno en cuanto eslabón de la cadena causal, es decir, en cuanto cuerpo vivo, continúa existiendo en el tiempo, que no contiene más que fenómenos, la voluntad que se manifiesta en este cuerpo se pone en contradicción con él, puesto que ella niega lo que él afirma.

Vemos, por ejemplo, que existiendo en plena salud las partes genitales representantes visibles del instinto sexual, sin embargo el hombre puede no desear ni en lo más hondo de su ser la satisfacción carnal; de un modo análogo el cuerpo se presenta como expresión visible de la voluntad de vivir, y á pesar de esto los motivos que favorecen esta voluntad permanecen ineficaces, y la disolución del cuerpo, el fin del individuo, es decir, lo que más repugna la voluntad natural, es deseado y bienvenido.

La contradicción entre lo que he afirmado acerca de la necesidad con que se determina la voluntad por los motivos, en razón del carácter, y lo que, por otra parte, he dicho sobre la posibilidad de una supresión total de la voluntad que quite toda eficacia á los motivos, no es más que la enunciación en el lenguaje filosófico de la contradicción *real* que se produce cuando la libertad de la voluntad en sí, de esa voluntad ajena á la necesidad, in-

terviene directamente en su fenómeno, que está regido en absoluto por la necesidad.

Para conciliar estas contradicciones basta observar que la disposición interior que emancipa al carácter del imperio de los motivos no viene directamente de la voluntad, sino de la inteligencia, que ha cambiado de naturaleza. En efecto, mientras el conocimiento está sometido al principio de individuación, mientras se guía por el principio de razón, el poder de los motivos es irresistible; pero en cuanto se ve más allá del principio de individuación, en cuanto se comprende directamente que una misma y única voluntad forma la Idea y la esencia de la cosa en sí, desde que emana de este conocimiento la calma absoluta del querer, los motivos pierden toda su fuerza, porque aquella disposición de la inteligencia que podía dejarse influir por ellos ha desaparecido, reemplazándola un conocimiento de otro género muy distinto. Es cierto que el carácter no puede cambiar jamás en sus pormenores; debe ejecutar con el rigor de una ley de la Naturaleza, las diversas órdenes de la voluntad, cuyo fenómeno es en conjunto; pero precisamente este conjunto, es decir, el carácter mismo, puede ser anulado por la conversión del conocimiento.

Este es el cambio que asombró tan profundamente á *Asmus* y que llamaba *la metamorfosis radical y trascendental*. La Iglesia cristiana lo llama muy exactamente *la regeneración*, y al conocimiento de donde se deriva, *la gracia eficaz*. Precisamente porque no se trata aquí de un cambio, sino de una supresión completa, se comprende por qué los caracteres que más se diferenciaban antes de esta supresión presentan después la mayor semejanza, aunque continúen expresándose en un lenguaje distinto cada uno, en razón de sus nociones y sus dogmas.

Entendido de este modo el libre albedrío, afirmado

y negado sucesiva é incesantemente, tiene algún fundamento, y el dogma de la Iglesia relativo al efecto de la gracia y de la regeneración no carece de significación ni de valor. He aquí como impensadamente los vemos confundirse, y podemos comprender estas palabras del ilustre Malebranche: *La libertad es un misterio*. En efecto, lo que los místicos cristianos llaman la gracia eficaz y la regeneración, constituye precisamente la única manifestación eficaz del libre albedrío. Este no aparece hasta que la voluntad, reconociendo la naturaleza de su propio ser, saca de ahí un calmante que la liberta del imperio de los motivos, pues estos últimos forman parte de otra esfera de conocimiento, cuyos objetos no son más que fenómenos. Una libertad que puede manifestarse en tales condiciones, es el mayor de los privilegios del hombre; el animal carece por completo de ella, pues exige la libertad una reflexión de la razón que permita considerar el conjunto de la existencia independientemente de las impresiones actuales. El animal es incapaz en absoluto de libertad; ni siquiera es posible para él una determinación electiva propiamente dicha, es decir, meditada y precedida de un conflicto de motivos, los cuales no podrían ser para este efecto, más que representaciones abstractas. Con la misma necesidad que hace caer la piedra, clava sus dientes el lobo hambriento en la carne de su presa, sin que jamás pueda reconocer su inteligencia, que el degollador y el degollado son idénticos. *La necesidad es la esfera de la Naturaleza, y la libertad la esfera de la gracia*.

Puesto que acabamos de ver que la renuncia espontánea á la voluntad viene del conocimiento, y que el conocimiento en sí es independiente del querer consciente, se infiere de lo dicho que esta supresión de la voluntad, esta liberación, no puede adquirirse por fuerza y delibe-